

COMUNICACIÓ

Julia Manzano: Del *éthos* griego a la disolución del yo contemporáneo

El tema de debate es la *identidad* y mi intención es encontrar argumentos para negarla en la contemporaneidad. Para ello necesito hacer unas precisiones terminológicas. ¿Qué es una *definición*? Una proposición que explica los caracteres esenciales de una persona o cosa. Si atendemos a su etimología, procede del latín *definire*, que a su vez proviene de *finis*, que significa «límite» o «fin». De ello deducimos que toda definición supone eliminar otras opciones, recortar el ámbito de un ente con respecto a los demás.

Voy a aprovechar este sentido de la *delimitación* que toda definición procura para ocuparme del término *identidad*. No la tomaré en sentido ontológico, ni como principio lógico; tampoco hablaré de ella en sentido político (como identidad nacional), ni de la llamada identidad de género. Me ocuparé exclusivamente de la así llamada *identidad personal*, para polemizar con ella.

Tomaré el término *identidad* en un sentido intencionadamente restrictivo, que supone fijar o dar un estatuto de *inmovilidad* a personas o cosas. Intentaré argumentar que este atributo de la identidad, el de la estabilidad o permanencia, es un falso atributo, una ilusión. *Este será el hilo de Ariadna de esta reflexión.*

Se atribuye la calidad de lo idéntico al hecho de ser una persona o cosa la misma que se supone o se busca. Esto comportaría, aplicado a la *identidad personal*, que si alguien indaga sobre un individuo, encontraría siempre a la misma persona, sin variación, lo cual es imposible. ¿Por qué? Porque jugamos *roles* diferentes según el ámbito, o la ocupación, o las relaciones de parentesco; por ejemplo, amiga de tus amigos, profesora o madre. Y en momentos diferentes de la vida: primero eres hija de tu madre, y cuando se tiene la suerte de poder estar cerca de ella cuando envejece, la hija ejerce de madre de su madre y la madre ocupa el lugar de la hija.

Encaminemos ahora nuestros pasos al territorio de la filosofía. ¿Quién fue el pensador que denunció, en alta voz y con poderosos argumentos, el concepto de *identidad*? Friedrich Nietzsche, que la situó junto a las ideas de substancia o ser, a los que denominó

«errores supremos». ¿Por qué hermanó estos tres términos? Porque en ellos se supone falsamente una *constancia o permanencia* de las cualidades que hacen que un ser sea lo que es. Dicha inmovilidad es una *ilusión*, como lo es también atribuir estas características a las ideas platónicas o a dios, que conllevarían de suyo el añadido de la eternidad. Y Nietzsche quiere ser el hacha que corte de raíz todo anhelo metafísico de la humanidad. Su instrumento para socavar sus cimientos será la psicología; desde la perspectiva del hombre, desde sus inseguridades, miserias, dolores y desazones; éste proyecta en un mundo ilusorio, un mundo metafísico, sus deseos de consuelo. La metafísica es, por tanto, una forma de alienación, una ilusión, una creencia¹.

La *identidad del yo*, un yo reconocible y constante en todas sus manifestaciones, es, según la sospecha de Nietzsche, un producto del miedo a la finitud, lo cual se traduce en que los hombres se engañan a sí mismos y se tienden, sin saberlo, trampas y encubrimientos². Miedo a la caducidad, que, en definitiva, es pavor del devenir.

Buscaré ahora un substrato estético para dar un estatuto sensible a estas reflexiones. El substrato será la literatura y recorreré someramente el camino que va de la tragedia griega a la narrativa contemporánea.

En la *Poética* de Aristóteles, que sería el primer texto de preceptiva literaria (si se me permite el anacronismo) se definen las características que habrían de tener los protagonistas de las tragedias. Para *definir* a una persona es necesario conocer su *carácter*: «Llamo carácter (*éthos*) a aquello que nos hace decir de los personajes que actúan que poseen tales o cuales cualidades»³.

Si entiendo correctamente esta definición, creo que quiere decir que el *carácter* no es una disposición congénita, sino adquiri-

1. NIETZSCHE, *Humano, demasiado humano*, § 9, «Mundo metafísico», Reflexiones similares aparecen en los *Fragmentos póstumos* (según la edición de Colli y Montinari) del otoño-invierno 1887-1888, Paris: Gallimard, XIII, 1976, (53) 9 [73], p. 46.

2. NIETZSCHE, *Humano*, § 18, «Cuestiones fundamentales de la metafísica», también en NIETZSCHE *Fragmentos póstumos, 1888-1889*, Paris: Gallimard. XIV, 1977, 14 [153], pp. 118-119.

3. *Poética*, 6, 1450 a.

da mediante el entrenamiento y la disciplina. Me inclino por esta interpretación porque es análoga a la definición de «virtud» que propone en la *Ética a Nicómaco*, en la que también resalta el valor de la repetición de los actos virtuosos, hasta que por hábito se transforman en una disposición permanente del espíritu. El *éthos* de un individuo pone de manifiesto la elección responsable y mantenida a lo largo de su vida, a través de sus actos. Para Aristóteles, y los antiguos en general, la acción es la que define a la persona. A partir del carácter de un individuo sus acciones pueden serle atribuidas con responsabilidad y constituyen algo así como su *identidad personal*.

¿Cómo se encarnan estas reflexiones teóricas en los personajes concretos de las tragedias? Elijamos el caso de *Edipo rey*. Desde el inicio de la obra, comienzan las que podríamos denominar *peripecias de la identidad*, porque hasta el final de ella se va dando un juego contradictorio y trágico de *velar y desvelar*, que según Heidegger era la pasión fundamental de los griegos. El argumento, como es conocido, está trabado en torno a la indagación del asesino de Layo, que, según el oráculo, es la clave para purificar de la mancha a la ciudad aquejada de la peste. Esta es la apariencia de la trama; pero creo que a ella subyace la auténtica tesis de la obra, que es la búsqueda que emprende Edipo de su conciencia y el tormento de la duda de su identidad. El poeta Hölderlin, en sus espléndidas «Notas sobre Edipo», tuvo la lucidez de advertirnoslo: «... la desesperada lucha por llegar a sí mismo, el esfuerzo humillante y casi desvergonzado por hacerse dueño de sí mismo, la loca, salvaje búsqueda de una conciencia»⁴.

En los parlamentos sofocleanos, domina en los discursos del desdichado y malquisto del Hado, la demente búsqueda de identidad, que para el griego de la época radicaba en su linaje. Pero cada vez que está a punto de encontrarlo y desvelarlo, lo niega, lo vuelve a velar. Cada indicio que le es ofrecido por alguno de los personajes, como el criado que lo abandonó de niño, o el propio Tiresias, el adivino, lo rechaza. Pero cuando, al final de la tragedia, se descubre el velo de la verdad, no puede soportarlo y se arranca los ojos.

4. HÖLDERLIN, Ensayos, trad. Felipe Martínez Marzoa, Madrid: Hiperión, 1983, p. 138.

Demos un salto en el tiempo. ¿Qué sucede hoy con el problema que nos ocupa? Algunas mujeres y hombres siguen empeñados, como Edipo, en la tarea de la indagación de la búsqueda de una *identidad*, pero vivimos una edad hipercrítica que paga cara su lucidez. Después de Nietzsche (y los llamados maestros de la sospecha), el yo ha perdido su centro y se ha desfondado en una serie de máscaras o roles diversos, con ninguno de los cuales es posible establecer una *identificación estable o definitiva*. Hemos perdido el orgullo del nombre, la estirpe y la conciencia de pertenencia a patria alguna o ciudad. Los griegos eran inocentes y también Hölderlin, que aún albergaba la esperanza de adueñarse de sí mismo y del retorno a la Grecia ideal. Así, pues, frente a la *identidad personal* de los personajes de la tragedia griega, en un número apreciable de los protagonistas de los relatos contemporáneos se ha producido una *disolución del yo*, o éste aparece en distintas manifestaciones o en actitudes diferentes.

El siguiente hito será *Bartleby, the Scrivener*, escrita por el neoyorkino Herman Melville (1819 - 1891). El primado de la acción como constitutiva del carácter de la persona, que veíamos tan importante en los antiguos, aquí se ha volatilizado. El escribiente va negándose, en primer lugar, a realizar su función, es decir, escribir; después, a moverse de un lugar, y finalmente, a comer y sencillamente a vivir.

Lo primero que llama la atención para relacionarlo con nuestra indagación es que los protagonistas del relato, el Jefe y los otros empleados de la oficina, tienen una historia, una *biografía*, Bartleby carece de ella. En efecto, ya en la primera página, el Jefe explicita su necesidad de decir algo acerca de sí mismo, antes de presentar al Escribiente. Esta presentación se hace imposible de suyo, ya que no conseguirá, a lo largo del relato, que su empleado le dé un solo dato de su vida, o de sus rasgos de personalidad, o de sus ocupaciones anteriores, o de sus eventuales proyectos de futuro. Al principio trabajaba con denuedo, «como si hubiese padecido hambre de copiar». Pero al tercer día, a un encargo sin importancia del Jefe, Bartleby contesta por vez primera la fórmula fatídica que se convertirá, a partir de ahora, en el único argumento de la trama, o trama *minimal* del relato: *Preferiría no hacerlo. I would prefer not to*. Ante los requerimientos de explicación de esta actitud, del rostro impassible del Escribiente sólo se movían apenas sus

labios para volver a repetir la misma frase. El Jefe constata que no percibe en él la menor señal de turbación, su actitud no es la de un rebelde; por tanto, no siente la necesidad de ordenarle de forma apremiante, como se hablaría a un subordinado.

La *preferencia negativa* produce un efecto de *contaminación*, ya que todos utilizan la palabra *preferir* en cualquier contexto, la fórmula escapa de la forma lingüística, desposeyendo al Jefe de su palabra ejemplar y su autoridad, y a los subordinados, de su función de tales. Todos pierden su *identidad*, sus comportamientos se homogeneizan y se contaminan del inmovilismo de Bartleby.

Me voy a permitir la licencia de comparar al Escribiente con un *calamar*. Me explico. El cefalópodo en cuestión, cuando se siente en peligro, expulsa una tinta que lo envuelve, como un velo protector, frente a los hipotéticos enemigos. Y éstos, durante un rato, quedan paralizados, lo cual permite al calamar huir. En el uso metafórico e irónico que me permito, el Calamar-Escribiente emite la fórmula, quizás como mecanismo de supervivencia, y los elementos circundantes, que para él son todos eventuales enemigos, quedan envueltos en la nube de tinta de la poderosa fórmula, que sirve de elemento disuasorio. Pero la potencia de la fórmula-de-tinta también se extiende al lector, por el así llamado efecto de *contaminación*. El relato produce desazón, incomprensión y enfado posterior precisamente por dicha incomprensión. La actitud del Escribiente es imposible de imaginar en uno mismo, no hay posible *identificación* con su yo diluido.

En el espacio que me resta, sólo desearía citar a algunos escritores contemporáneos en los que la *disolución del yo* es patente en sus protagonistas. Valga como ejemplo privilegiado Thomas Bernhard (1931-1989), pensador, novelista, poeta, dramaturgo, ensayista, biógrafo de sí mismo, *espíritu artístico y musical* y crítico devastador de nuestro mundo y nuestra época. Una de sus estrategias de estilo es que la *voz del narrador*, sus opiniones, no son casi nunca de primera mano, sino que dice lo que alguien le contó, que, a su vez, lo recibió de un tercero. En Bernhard no hay identificación ni parcial, ni total con la polifonía de voces de sus narraciones. Hay un distanciamiento en el continuo cambio de la primera a la tercera persona, a un «él» que marca la desposesión total, el *grado cero de la identidad*, lo que otro descreído, Marcel Duchamp, llamaba «el horror de indiferencia».

Añadiré un último ejemplo de la escritora, ensayista y poeta portorriqueña, residente en Barcelona, Iris Zavala. Propone un juego irónico y distanciado, que permite una lectura perspectivista en la que la *identidad personal* no tiene cabida. La polifonía narrativa se manifiesta en que en sus escritos usa la primera persona o la tercera, «todas las personas del verbo», dice. O, de repente, «entran en la página» personajes de otros escritos, para darle consejos de que recopile y abrevie su discurso. En unos fragmentos autobiográficos, publicados por la revista *Anthropos*⁵, da la clave secreta de su concepción de la escritura, a partir de una coreografía de voces: yo, Zavala, yo/tú, Zavala/ella, todas las mujeres, cada mujer.

El *dictum* de Baudelaire: «¡Hay que ser absolutamente moderno!», es recreado en la literatura (desde el siglo XIX hasta hoy) en la *disolución de la identidad* y sus escritos están al alcance de todo aquel que también tenga conciencia de que la inocencia en la creencia de un yo permanente está ya periclitada.

COL·LOQUI

Miguel Candel: La seva comunicació em fa pensar que potser per aquí hauríem d'haver començat el col·loqui, és a dir, per aquesta discussió crítica del concepte mateix d'identitat i centrada en la identitat personal, perquè totes les altres identitats, en definitiva, en deriven: és l'accepció primària. Aquesta comunicació és un al·legat molt brillant en favor de quelcom que, com ja expressava al final, es pot tenir com una de les conquestes de la ment o de la cultura humana dels darrers dos segles, que és la descreença en aquest concepte tradicional d'identitat. Ara bé, si es queda aquí, ●ot explicar també, com es deia ahir, l'estat de confusió en què ens trobem actualment. Aquesta concepció innocent, tradicional, si es vol, gairebé pre-hel·lènica, de la identitat de la persona no s'ha tematitzat com a tal; quan no es tematitza, es posseeix; quan es tematitza, es perd. Aquesta consciència innocent no s'ha substituït per res que la reemplaci i que doni a l'home un punt de referència, i a la societat per extensió. Jo crec que la clau està en el concepte kantià de jo transcendental, que, per suposat, no s'ha de confondre amb el jo empíric. El gran equívoc de la humanitat, al llarg de tota la seva història, ha estat confondre l'un amb l'altre. El jo transcendental és quelcom que queda sempre més enllà de qualsevol peripècia biogràfica, més enllà de la memòria, més enllà de la voluntat i de l'enteniment. Què és, doncs? Aquí està. Mai no és objecte; és el subjecte per antonomàsia que mai no és objecte en cap sentit, és a dir, mai no es pot tematitzar ni objectivar. Quan això passa, es cau en l'error de Narcís: confondre el propi jo amb un reflex: el reflex de l'aigua. El jo no és la narració que un fa d'un mateix: no és això tampoc. El jo és quelcom que escapa sempre a cadascuna de les seves manifestacions mundanes. Aquí està el cor de la qüestió i la quinta essència de la problemàtica metafísica. Nietzsche, en realitat, no es va carregar la metafísica; el que va fer és desbrossar el terreny per a reconèixer motivacions més profundes als vells conceptes de la metafísica o fonaments més profunds de la metafísica. El que va eliminar fou una hipostatització de conceptes que no són fonamentals ni absoluts. La identitat no té sentit, i aquí rauria el problema bàsic del nacionalisme, de tots els nacionalismes: no té sentit de buscar-la en el que ja està donat; la identitat és

quelcom que s'està construint constantment. La identitat és la recerca de la identitat, i no la recerca cap enrere, sinó cap endavant.

Jordi Sales: A partir de les intervencions, vull fer una pregunta: com fem els nostres diagnòstics? La intervenció ha acabat dient que Baudelaire és el modern. La meva anàlisi de la modernitat distingeix la modernitat del gust, la del saber, la dels temps. A l'hora de fer un cert diagnòstic, la modernitat consistiria en la despersonalització; d'altra banda, el pecat de la modernitat seria l'ego fort. Llavors, en què quedem? D'altra banda, abans s'ha discutit si érem gregaris o individualistes; i, a última hora, devem ser gregaris i individualistes, i arriba un moment en què diagnostiquem amb una cosa i la seva contrària amb moltíssimes raons perquè l'anàlisi sigui versemblant, discutible, plausible. La meva interrogació seria: com fem els diagnòstics (usant memòria – tema del col·loqui–, modernitat...) i com estem circulant amb diagnòstics en què la paradoxa és que una cosa i la seva contrària són patologies que reconeixem com a viables en el que ens està passant? Voldria només posar aquest interrogant.